



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13562

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

## REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

LUNES 4 DE FEBRERO DE 1907

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de Mail cobrable.—Cuentas puestas en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jans, 31, Fehrborg-Weinmaere.

### Política extranjera

#### Inglaterra y los Estados Unidos

Aun cuando se ha procurado quitar importancia al incidente anglo-americano de Jamaica con motivo de los auxilios para remediar los estragos producidos por los recientes terremotos en Kingston, es lo cierto que bajo una aparente cordialidad se han enfriado mucho las corrientes de afecto que antes existían entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Sobre esto se ha hablado mucho estos días en la prensa internacional, y bien pesado y medido resulta que efectivamente el recelo y la desconfianza han sustituido en ambas partes a la amistad y unidad de criterio que antes existía entre ambas potencias.

Y lo que principalmente ha determinado semejante cambio es, al decir de cronistas concienzudos la vanidad insostenible de los norteamericanos que engrandecidos con su pretendida prosperidad miran muy por encima del hombro a los europeos, sin excluir a sus parientes los ingleses.

Estos están ya muy hartos de sufrir esas manifestaciones de la superior prosperidad de los yanquis, pero saben disimular, porque están de por medio grandes intereses morales y materiales que los ingleses quieren a todo trance conservar y defender.

Entre esos intereses pueden contarse las colonias de Inglaterra en América y el apoyo que los norteamericanos puedan prestar a la Gran Bretaña en el caso de una guerra de esta nación con Alemania. Por su parte los yanquis están persuadidos de que sin la ayuda moral de los ingleses no podrán desenvolver su famosa doctrina de Monroe en la América del Sur.

Los intereses de Inglaterra en América son el Canadá, las Antillas británicas y la Guyana, además de los inmensos capitales ingleses empleados en América; y todo esto está contrabando lanzado por parte de los norteamericanos, en que los ingleses les ayudan a estirpar de la América Meridional la funesta doctrina de Drago, que constituye una esperanza para las repúblicas latinas de América.

A más de los indicados hay otros motivos para mantener latente el antagonismo anglo yanqui y es la cordialidad anglo japonesa, que los norteamericanos no pueden resistir. En efecto, Inglaterra ayuda evidentemente al empuje del Sol naciente para que su comercio domine en el Pacífico a todo el comercio de los norteamericanos.

Los yanquis, que se creían solos en el mundo para poner la ley a las naciones decadentes, se han encontrado con la horma de su zapato como suele decirse, con la arrogancia japonesa para la cual los Estados Unidos son un enemigo embozado.

Y no les falta razón. Los japoneses aspiran a arrojarse a los norteamericanos, no sólo del Pacífico sino de las islas Filipinas, que ahora constituye parte del pabellón estrellado.

En resumen de impresiones se observa que los Estados Unidos empiezan a quedar aislados, casi del propio modo que Alemania, y todo ello es obra de la diplomacia inglesa, que aspira a dominar indirectamente en la América del Sur y en el Pacífico y en el extremo Oriente, y como esto se puede ver con carácter exclusivo, lo intenta en sus relaciones con el Japón.

Al propio tiempo el Japón establece líneas de navegación a Chile y Perú; en todo el mar del Pacífico y manda espías a Filipinas, todo lo cual revela que pesa más en la opinión y en la balanza del positivismo la cordialidad anglo japonesa que la amistad anglo-americana.

## CRÓNICA FILOSOFÍAS

### Pesimismo y contradanzas

Los fríos excesivos, como los calores exagerados, tienen solamente preocupados a los sabios de la media almendra respecto a la decrepitud del pequeño planeta achatado por los polos, que nos sirve de albergue.

¿Se irá a morir el astro en que habitamos? Eso sería una complicación horrorosa. Los terremotos, los volcanes, las erosiones marinas, la desaparición de ciertos islotes, la súbita aparición de otros, tienen muy escamados a ciertos geólogos de panecillo y sardina.

Supongamos que el planeta en que nos ha cabido la desgracia de nacer, se muere. ¿Está en nuestra mano el evitarlo? De ningún modo; por consiguiente, resignémonos, ó como dijo el otro: ¡Consolámini!

Así como así, esta vida tan apretada que traemos los terrestres es muy poco satisfactoria. Siquiera en Marte, los marcianos se divierten; y en Júpiter, los jovinos se rascan el cogote, muy tranquilos, cuando les pica.

Aquí, en la Tierra, estamos jeringados completamente, y ustedes perdonen la frase. No acabamos de descubrir el polo, no conocemos el África por dentro; ignoramos dónde termina el Nilo Azul y dónde comienza el Nilo Blanco; por no saber ni siquiera sabemos donde está enterrado Alejandro el Magno.

Las altas cimas están cubiertas de nieve; los profundos abismos volcánicos son un horno; los mares, los ríos, los continentes tiemblan; todo está en conmoción. ¿Será que se acerca el fin del mundo? ¡Chi lo sal!

Convendría, sin embargo, estar algo prevenidos, porque eso de concluir por sorpresa es horrible. Al fin, los que no tienen padre, ni madre, ni perro que les ladre, pueden encogerse de hombros; pero, ¿y los infortunados padres de familia con prole numerosa y adherentes, como son suegros, cuñadas, sobrinos y demás parientes y testamentarios, cómo se las van arreglar?

¡Alhó es grande! como dicen los árabes. Espárennos, pues, el remedio de nuestras cuitas y procuremos desechas ideas tristes. El carnaval se acerca a marchas forzadas, ¿por qué volverle la espalda? Este mundo es un fandango, y el que no lo baila es un tonto, decían nuestros abuelos. Lo que ha de ser será; por consiguiente el que tenga humor, tiempo, juventud, y dinero para divertirse, será un tonto si no lo hace.

El otro.

## EL FRÍO

Terribles recuerdos ha de dejar en nuestra población los comienzos del año 1907.

Jamás, desde hace mucho tiempo, se ha dejado sentir un frío tan intenso como el de estos últimos días; frío que ha llegado en la mañana del sábado, día de la Candelaria, a 2 grados bajo cero, temperatura impropia de estas latitudes, que tienen fama en toda España, por lo templado de su invierno.

Claro es, que la crudeza del frío, ha hecho que se extienda rápidamente

la epidemia gripal que venimos padeciendo, y que todo aquel que se siente atacado de catarros crónicos, asma, y cualquier otra afección a las vías respiratorias, padezca los efectos del recrudecimiento, al agudizarse estas enfermedades.

El día ayer fue un día algo más templado, gracias al sol esplendoroso que disfrutamos, y aunque también el frío se dejó sentir fue algo más moderado afortunadamente.

Puede servirnos en consuelo, el saber, que el temporal ha dejado sentir sus efectos en toda España.

En el norte las minas han alcanzado una altura considerable hasta el punto de que el puerto de Pajares se encuentra totalmente interceptado, habiendo estado suspendida por espacio de tres días la circulación de trenes.

También en Cataluña reina el temporal horroroso, y para completar el cuadro, hasta en Cartagena, nevó el sábado, cosa verdaderamente rara, en nuestra ciudad.

Dios quiera que el termómetro siga ascendiendo y volvamos a los días templados del principio de invierno.

## El pequeño mártir

Me encontraba en Nagy-Szeben, cuando tuve la curiosidad de asistir a una reunión de rumanos.

Uno de los asistentes atrajo enseguida mi mirada. Era muy moreno y tenía el rostro cruzado por una inmensa cicatriz.

—¿Se ha herido V. en ese hombre?— me preguntó mi vecino.

—Tiene una fisonomía interesante.

—Es cierto: examínelo cuidadosamente y vea V. la cicatriz que le atraviesa el rostro.

—¿Proviene de un sablazo?

—No, es una maldición.

Miré a mi interlocutor y me dijo:

—Salgamos a dar un paseo por el jardín y entre tanto le contaré la historia.

Encendimos nuestro cigarro y mi compañero me hizo la narración siguiente:

En 1849 los imperiales, de acuerdo con los rumanos, sitiaban una ciudad húngara defendida por sus habitantes y por un puñado de hombres.

Sucumbió al fin la ciudad y el comandante cumplió su palabra. La lucha había sido ardiente, desesperada:

y entre gritos de cólera y vociferaciones, los soldados se apoderaron de la última casa é hicieron salir a los que la defendían. Entre ellos estaba un hombre, joven todavía a quien seguía su hijo, un mozo de 14 años. Pocos minutos después las dos víctimas arriadas a un muro iban a ser fusilados. Un oficial se acercó y se puso a observar al niño, bello y enérgico, en cuyos ojos brillaba una llama.

—¡Alto! gritó a los soldados que se preparaban a hacer fuego. ¿Este muchacho se ha batido con los otros?

—Sí, contestaron los soldados.

—Es una lástima, murmuró el oficial, dirigiendo una mirada de compasión al niño que no soltaba la mano de su padre.

—Señor, dijo el padre; veo que tiene usted buen corazón: antes de ejecutarme, otórgueme un favor. Permítame que envíe el dinero que tengo en esta cartera a mi mujer, que está en lugar seguro.

En ese momento se presentó el coronel acompañado de algunos oficiales y de un gendarme rumano: el tribuno. El padre, repitió su demanda.

—¿Con quién quiere V. enviar el dinero preguntó el coronel?

—Con mi hijo.

—Los oficiales murmuraron: el padre quiere salvar al hijo; miraron al niño; su vestido estaba en desorden y las trazas de la pólvora eran visibles en él.

—Ustedes creen que quiero salvar a mi hijo, dijo el padre; tranquilícense que volverá.

—Volveré, señor oficial, declaró el niño con tono resuelto; no crea usted que quiero huir.

—Está bien; contestó el coronel; toma el dinero y ve ligero.

El niño tomó presuroso el dinero que le entregó su padre y se fue corriendo. Los oficiales, emocionados, le vieron alejarse; muy pronto desapareció. Sólo el tribuno lo había observado con cólera, como mira el batre a la presa que se le escapa.

Los oficiales penetraron en una posada y dejaron al tribuno con sus hombres. Estos se prepararon a ejecutar la orden recibida. Veinte tiros partieron simultáneamente, y concluyeron con la vida del infeliz padre.

—¿Qué lástima que hayan dejado escapar al muchacho!—dijo un pastor de la montaña.

—¿Qué te importa?—le contestó uno de sus compañeros—ese es un

to de los oficiales, ellos saben lo que hacen.

—¡Mira, tribunal!—exclamó uno de los hombres—¡Dios mío, el muchacho vuelve!

Los ojos del tribuno relampaguearon.

En efecto, el niño acudía jadeante al lugar del suplicio. El sudor corría por su rostro encendido, y los cabellos se le pegaban a la frente.

Abrióse paso por entre los rumanos sorprendidos y se acercó al muro donde le esperaba un espectáculo horrible.

¡Oh, padre mío, padre querido! ¿Por qué no me habéis esperado,—exclamó sollozando, y se arrojó sobre el cuerpo ensangrentado.

El rostro del tribuno se contrajo como si se trabara una lucha entre su cólera y el sentimiento que le inspiraba tanta energía, tanta fuerza moral en un niño. Después, haciendo un esfuerzo, ordenó, con voz terrible:

¡Fusílenlo!

Resonaron otra vez veinte tiros: el cuerpo acibillado de heridas se desplomó, mientras que el valor, la fuerza, el honor, todo lo que formaba esa alma, voló hacia las alturas, acumuladas del cielo, hacia el Todopoderoso...

Poco después, salían de la posada los oficiales; el coronel, como si de pronto recordase algo, se dirigió al tribuno:

—¿Ha vuelto el niño?

—Sí, ha vuelto.

—¡Regresó!—exclamó asombrado el coronel.

—Sí.

—¿Y qué han hecho con él?

—Lo que se había decidido. Lo hemos fusilado.

El coronel retrocedió un paso como si hubiera pisado una víbora y exclamó entre dientes: «¡Canalla!» al mismo tiempo que con su fuerte azote al rumano en pleno rostro, donde se dibujó lentamente un surco sangriento...

—¿Entonces ese individuo que acabo de ver es el tribuno? preguntó a mi compañero.

—No, es demasiado joven para eso.

—Comprendo.

—Es hijo del tribuno.

—Pero... tiene la marca del tatigazo en su rostro.

—Ha nacido así.

Un calorío me sacudió.

—Es la mano de Dios vengador!

## LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 52

Limpíame la ropa lo mejor que pude y me encerré en el cuarto de baño, para cumplir su programa.

Entretanto, y al verme solo, medité detenidamente sobre la situación.

Vi entonces claro que la asociación con Mr. Cavor tenía inconvenientes que yo no había previsto. La imperdurable distracción, que pudo causar la deshabitación de todo el globo terrestre por falta de aire, podría repetirse en cualquier otro sentido, estando expuestos en todo momento a desastres semejantes, de los que acaso no saldríamos tan bien librados como del de aquella tarde. Pero, por otra parte, yo era joven y animoso. Mis negocios se hallaban en un estado tan lamentable, que me sentía en excelentes disposiciones para intentar toda clase de aventuras y correr riesgos, con tal que, al final, hubiese probabilidades de grandes beneficios.

Yo me había hecho ya a la idea de que en el negocio de la caviarita obtendría, cuando menos, la mitad de los productos líquidos. Además, mi pabellón había sufrido poco; lo tenía alquilado, sin ser responsable de sus deterioros, y mis muebles, de poca o valor por cierto, los había adquirido con mucha prisa y no los había pagado todavía, pero sí había tenido tiempo de asegurarlos, y los tenía, por lo tanto, completamente libres de todo riesgo. En suma: habiendo pasado rápidamente revista al pro y al contra de las circunstancias, resolví con-

## BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 49

unos momentos—que el aire de todos los alrededores hubiera continuado acudiendo allí y ascendiendo sin cesar sobre esa huja infernal.

Precisamente—me contestó—; se habiese formado una fuente ascendente de aire atmosférico de dimensiones inmensas y funcionando continuamente.

—¡Je-jeristoi! Ahora comprendo! Entonces toda la atmósfera terrestre hubiera ido ahuyando hacia aquí para ser lanzada a los espacios, y el Globo entero se hubiera quedado sin aire; es decir, la muerte de toda la Humanidad, ¡y todo por un resaca de substancia!

—Precisamente. Perder la tierra toda su atmósfera en absoluto, no es la expresión correcta; pero, para los efectos prácticos, así hubiera sido el aire hubiera vuelto a nuestro Globo; pero, en el supuesto, todo ser viviente habría perecido, y para nosotros como si no hubiera vuelto.

Yo me quedé estupefacto ante la inmensidad del riesgo que habíamos corrido y del que por milagro nos habíamos salvado. Por el momento no pude pensar en que, con aquel desastre, todas mis cálculos y todas mis esperanzas fundadas en la fabricación de la caviarita quedaban destruidos.

—Y, ¿qué vamos a hacer ahora?—pregunté.

—En primer lugar al me da usted un cepillo, é algo semejante, me limpiaré en poco el largo que